

Sexualidad

1. Sexualidad y Biblia. En busca del amor...

¿Qué dice la Biblia acerca de la sexualidad humana? Esta pregunta puede responderse de dos formas diferentes. La primera, al “modo convencional”: la Biblia condena todo lo referente al sexo. Esto, que se oye con tanta frecuencia es además de falso, demasiado simplista. La contestación es mucho más amplia y compleja, y afortunadamente, más liberadora.

1.1. La Biblia es heredera de muchas culturas

Si partimos de que la composición de los primeros libros de la Biblia puede situarse históricamente hacia los siglos VI-V a.C. y la de los últimos en torno al siglo III d.C., llegaremos a la conclusión de que hay casi mil años de diferencia entre unos y otros. Los escritos bíblicos no son uniformes sino plurales, y reflejan la mentalidad de la época en que fueron escritos. Una mentalidad que, de entrada, es muy común a toda la zona del Oriente Próximo.

El hombre antiguo ve en la sexualidad un ámbito misterioso, incapaz de comprender. No olvidemos que la ovulación femenina se descubre en 1830, y a principios del s.XX se afirma que el varón puede ser estéril. Es un mundo desconocido, que tiene que ver con la vida y la fecundidad, y por tanto, se inserta en el terreno de la religión, lo divino y lo supersticioso: todo lo que tenga que ver con la vida y sus manifestaciones tiene su origen en la divinidad.

Las religiones creaban sus dioses a imagen de los humanos, y los insertaban en un complejo mundo de historias y sagas. Así, la sexualidad humana era, para las religiones “paganas”, una mera repetición de las aventuras que tenían los dioses, que se convertían para estos en arquetipo y modelo. Cualquier panteón divino que se preciase debía incluir a divinidades de ambos sexos, siendo además, la femenina, la más vinculada con la vida y la fecundidad. La poligamia, la endogamia, la prostitución sagrada, el alquiler del vientre no resultaban extraños, y además estaban permitidos por la legislación, siempre en orden al bien común, criterio último de regulación de la sexualidad humana.

Israel está familiarizado con estas prácticas, y las cultiva hasta bien entrada la época monárquica. Pero será con los inicios del monoteísmo cuando la religiosidad tienda a purificarse. La idea de un Dios personal, con rostro, creador de vida, con proyectos para su pueblo, se desvincula de la fuerza vital manifestada en el ciclo regular de la naturaleza. El proceso fue largo y lento. Hasta los profetas más tardíos denunciaron prácticas paganas. Fueron ellos principalmente quienes, movidos por su afán monoteísta, hicieron desaparecer a la divinidad femenina, evitando el riesgo de “sexualizar” a Dios. Ellos adoptan las imágenes de alianza, noviazgo y matrimonio para hablar de las relaciones exclusivas de Yahvé con su pueblo, y no con otros dioses. Pero Israel, influenciado por las culturas cercanas (heredero de la idolatría cananea especialmente) fue poco fiel en sus relaciones con la divinidad. Esa es la imagen típica de la comprensión bíblica: seducido por su Dios como una doncella, es rechazado por

él y expulsado al exilio por su tozudez e infidelidad. Pero el esposo sale de nuevo en su busca y no la abandona a su suerte.

En cuanto a las prácticas sexuales del pueblo, nada señala el AT. Se consideran normales y se vinculan con la pureza e impureza religiosa, siempre en orden a preservar la salud comunitaria. Aparte de eso, poco más se dice, y poco se condena con penas: todo queda en “consejos” siguiendo los principios de fidelidad a Yahvé y el bien de la comunidad. Sólo tres prácticas se prohíben, en Israel y en Oriente próximo: el incesto, el bestialismo y la prostitución sagrada.

1.2. Desmontando tópicos...

Nos empeñamos en condenar como pecado, con la Biblia delante, cualquier conducta sexual tenida por heterodoxa. Un error, pues no podemos leer la Escritura con nuestra mentalidad haciéndole decir lo que nos interesa. Si así fuera, tendríamos que tener en cuenta que los patriarcas practicaban la poligamia (como modo de manifestar su prosperidad económica, habitual hasta el s.V a.C.), y algunos de ellos nacidos –como diríamos ahora- de “madre de alquiler” (Gn 16 y 29-30); Sara, la esposa de Abraham, a la que en más de una ocasión hizo pasar por su hermana, le fue infiel (Gn 12 y 20), sin que esto pareciera suponer ningún problema. Y del mismo modo que la esterilidad estaba mal vista, la virginidad era considerada una maldición (Jue 11), hasta el punto que las hijas de Lot mantienen relaciones con su padre por tal de evitarla (Gn 19, 30-38).

La ley del levirato obliga a la mujer que enviuda sin hijos a casarse con su cuñado y buscar descendencia (es el caso de Tamar –Gn 38- y de Rut); el pecado de sodomía no es desear a alguien del mismo sexo, sino contradecir las leyes de la hospitalidad (que es un valor más importante -Gn 19-); y el onanismo o masturbación no es malo por derramar el semen, sino por el egoísmo de no aceptar la descendencia del otro como propia (Gn 38). Nada se dice en los libros sagrados de las relaciones prematrimoniales (parece que se suponen) y por supuesto el divorcio estaba a la orden del día.

Conclusión: El tema sexual es totalmente secundario en el AT, y está subordinado a valores más nobles. Porque la sexualidad está al servicio de la persona y no al revés. De hecho, transgredir las normas no es grave, siempre que esté supeditado a otros intereses. David y Salomón, los grandes reyes, no fueron precisamente “modelos de castidad”, pero sí de fidelidad a Dios.

1.3. Dos textos...

Es justo recalcar dos elementos. La desvinculación de lo sexual del ámbito de lo divino en pro de dignificar lo humano, primero, y segundo, el gozo y la grandeza del amor gratuito. Ambos valores los defiende la Biblia, como vamos a ver.

¿Qué decir del famoso pasaje de la creación del ser humano con que comienza la Escritura? Estos pasajes superan las cosmogonías, mitos y nacionalismos de otros textos religiosos de oriente. El ser humano es presentado como complementario (varón y mujer), señor terreno y servidor divino. Es libre, crea hijos que son imagen de la divinidad y de sus progenitores. Está llamado al diálogo, pues es incompleto, con el otro sexo. La sexualidad es el deseo y la necesidad de complementarse con el otro: y esto, no sólo no es malo, sino que es imprescindible. La sexualidad, es la fuerza de

donación que hace de dos seres diferentes un sola cosa. La imagen perfecta de Dios pasa por la unión de ambos sexos. ¿El pecado original? Ni más ni menos que el fallo del amor: rompieron ese vínculo para rendir sus cuerpos y vidas a otros dioses. Y la desnudez, que era una gracia, se convierte en un signo de su debilidad.

Otro ejemplo del amor gratuito, de todos conocido: el libro del Cantar de los Cantares. Pocas certezas tenemos sobre su composición y origen. Pero su valor en la literatura bíblica lo hace excepcional. Es un canto gratuito al amor humano, sin interés por enseñar nada. El amor se goza en si mismo, es necesidad humana. La belleza de sus imágenes (atrasadas, claro, pues ya nadie compara a su amada con la yegua del faraón...), la visión positiva del amor humano, nos llevan a pensar que cuando el hombre ama de verdad está haciendo un acto religioso.

1.4. Cuando el sexo es amor...

Poco introdujo Jesús acerca de la sexualidad. Era de esos temas tan comunes que no dijo nada nuevo. Su originalidad está en subordinarlo a un proyecto superior, el Reino. Y en el Reino hasta el sexo adquiere un nuevo valor.

De entrada Jesús fue célibe (la soltería era un mal a evitar), y se sintió libre para hacerlo. Con ello expresa que hay una familia nueva que no surge del semen ni del régimen patriarcal. Y deja muy clara la igualdad del ser humano, varón y mujer, atreviéndose a intimar con mujeres y aceptándolas en su círculo de discípulos. Cualquier ley debe estar al servicio del amor, y si esta impide vivir ese principio no hay problema en trasgredirla. Con su celibato, él mismo la contraviene, dejándolo entender que la sexualidad la hace el amor, no la procreación. Y que no es el matrimonio lo necesario para vivir, sino el amor. Y que en el ámbito sexual, como en cualquier otro, el ser humano no puede ser un objeto de comercio, sino que tiene una dignidad.

Pero, si la sexualidad es buena, ¿por qué Dios “se salta las leyes naturales” para hacer nacer a su Hijo en el mundo? Echemos la culpa a los evangelistas, que escriben en una época tardía, cuando la sexualidad se considera negativa. ¿Cómo explicar el misterio de un Dios hecho hombre de modo que sea comprensible? Si hubieran tenido nuestros conocimientos científicos, hubiesen usado otro lenguaje. Su mérito está en recalcar que el hijo de Dios asume la carne humana (Jn 1,14) con todas sus consecuencias físicas.

1.5. Y vinieron los problemas...

De sus seguidores poco se sabe. Que amaron mucho, y que se tomaron en serio ese precepto supremo, adaptándolo a sus circunstancias históricas. Un teórico de esta doctrina del amor fue Pablo, a quien injustamente se le ha tachado de “reprimido y misógino”. Ni una cosa ni otra. El escribe cuando el dualismo griego descalifica lo corporal tachándolo de carga. Para Pablo, el cuerpo es “templo del Espíritu” (1Cor 6,19); con todo el cuerpo se sigue a Jesús (2Cor 4,10), teniendo como ley suprema el amor (1Cor 13, ¿hay algún canto más bello en la literatura posterior?) y la libertad. El cuerpo entra dentro del proyecto de Cristo y del Reino, de modo que este no es sólo para la reproducción, sino también para el placer: el ser humano está obligado a ordenar todos sus recursos hacia el placer y el gozo, como modo de compartir la semejanza divina.

Aprecia el celibato (al contrario que sus contemporáneos) como un modo válido de vida, siempre que esté basado en el amor, y no es superior al matrimonio, sino semejante, pues responde al mismo valor. Apuesta (contradiendo la ley común de la época) por la mujer: no sólo se reúne en sus casas y las aprecia como colaboradoras en la evangelización, sino que pudiera ser que ordenara “diaconisa” a alguna de ellas (Rm 16,1). ¿Los textos tachados de misóginos (1Cor 14, 34-35; 1Tim 2, 11-15)? La mayoría de los estudiosos está de acuerdo en afirmar que son posteriores, influidos por otro espíritu que veremos.

Mucho costó aceptar la humanidad de Dios en Cristo. Tan incomprensible era que algunos (llamémosle gnósticos) la descalificaron, quedándose sólo con lo divino. Y por esa regla, todo lo que sonara a humanidad era negativo, pecaminoso. ¿Y qué hay más humano que la sexualidad? Pronto se condenó y tuvo éxito esa condena, mas o menos oculta, apoyada en el pensamiento griego posterior. De tal modo es así que nuestra visión católica de la sexualidad viene de esos influjos negativos. Y ahí se empezó a leer la Biblia equivocadamente buscando justificar tal represión.

Por eso, debemos recuperar el espíritu de libertad y de adecuación a la Historia, buscando siempre preservar el bien común, y la gloria de Dios, que está en el amor y en la felicidad del placer.

Fr. Javier Garzón, op

2. Teología y Sexualidad. ... Y vio Dios cuanto había hecho, y estaba muy bien

Pero los hombres comenzamos a pensar más que el mismo Creador y con el paso del tiempo todo no estaba tan bien hecho. El hombre creado a imagen y semejanza de Dios, desde siempre, con su afán premeditado de querer ser dueño de su vida y de su historia es capaz de confundir conceptos y construir imágenes inadecuadas de las realidades, que lo descubren como el ser más grande y más pequeño del Universo.

La comprensión de la sexualidad abierta a una Trascendencia, como un valor humano que entra a formar parte de la relación más íntima entre Dios y el hombre, ha sido, y seguirá siendo, piedra de toque para quienes sólo saben y pretenden “corregir a Dios”. Entre religiosidad y sexualidad existen lazos profundos claramente testificados por la historia y por la experiencia de un hombre que se sabe salido de las manos del Creador tal y como es, sin añadiduras, en su conjunto a su imagen y semejanza. Dios ha querido así al hombre y éste tiene que reconocerse en toda su dignidad, sin despreciar lo que ha recibido como regalo gratuito.

Dios creó todo nuestro cuerpo y cada una de sus partes, lo llenó de su belleza y bondad, y por ello al mirar la obra de su desnudez vio que toda ella era buena. Por esta razón los criterios que tenemos los cristianos para vivir la sexualidad integrada dentro de nuestra fe nos vienen dados por la Palabra revelada. Si el Creador no se avergüenza de su obra quien es el hombre para hacerlo y, menos aun, si trata de avergonzarse de sí mismo.

Pero todo es cuestión de qué se entiende por sexualidad. Ser sexual significa algo más pleno y englobante, que podríamos llamar afectividad. Manifestar amor y ser capaz de amar a otro constituye el fundamento de la sexualidad. Sería una visión

limitada y raquítica centrarlo todo al ámbito de los impulsos genitales. Ni la genitalidad define la sexualidad, ni mucho menos se reduce al mero acto genital. Todos los fenómenos genitales son sexuales, pero hay una gran cantidad de fenómenos que no tienen que ver con lo genital. Acercarse a alguien, tocarlo, abrazarlo, acariciarlo son acciones que complementan nuestro sentido del yo. Para esto no importa la edad, sino la dignidad de personas sexuadas que tenemos.

A lo largo de la historia, en muchas ocasiones, se han olvidado premisas básicas para poder tener un punto de vista abierto ante el gran campo del hombre como un ser sexuado. La sexualidad es un valor fundamental en la globalidad del ser humano y, más aún, en la vivencia de la fe de un cristiano. No es comprensible un Dios que niegue lo que Él mismo ha creado, ni tampoco valore negativamente uno de los caminos más apreciados por los hombres para caminar hacia Él. La ascesis religiosa debe estar dirigida a vivir la sexualidad como un valor personal que nos lleve a Dios, y nunca, bajo ninguna justificación, se deberá imponer como represora y negadora de la sexualidad. Porque todo lo que sea demonizar la sexualidad significa condenar y castrar a la persona en su capacidad de amar y ser amada. Una mala lectura de las enseñanzas bíblicas sobre el tema ha llevado a muchas personas a la represión, negación y prohibición de los valores de la sexualidad. Etiquetar todo como pecado es faltar al principio fundamental del cristiano y a la misma raíz del anuncio del Reino de Dios proclamado por el mismo Jesucristo: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser y al prójimo como a ti mismo”.

Muchos han tenido y tienen un combate constante frente a la sexualidad. Marcados por una vivencia equivocada de la misma, por una visión muy restringida, por el miedo frente a un Dios que “dicen” querer ángeles y no hombres. Términos como mortificación o sacrificio lo único que conllevan en su trasfondo es esa cruzada perenne ante el enemigo. Pero, ¿Por qué lo llaman sexualidad cuando quieren decir simple y llanamente sexo?. El Dios de Jesús acampa en la corporeidad, pero el dios de algunos seguidores de Jesús obliga a dejar de ser hombres para hacerse ángeles. Todo amasado aún más gracias al influjo de las filosofías gnósticas y maniqueas y a la nefasta influencia de los espiritualismos desencarnados y dualismos de todo tipo que piensan que la sexualidad y el cuerpo son un obstáculo para vivir lo espiritual. Entonces no hay que darle más vueltas al asunto, siguiendo esta lógica lo que el mismo Dios vio como bueno nosotros nos atrevemos a descubrirlo como no tan bueno y, además, inadecuado y contraproducente para relacionarnos con Él. Interesante, ¿verdad?.

Lo único que se puede conseguir a través de estos ascetismos que reprimen la sexualidad son personas desexualizadas y neutras que pretenden ser ángeles, sin conseguirlo y a las que la culpabilidad, la duda, el fracaso, la angustia y la ansiedad les lleva a encerrarse en sí mismas y ser témpanos de hielo irreales, insensibles obligatoriamente, incapaces de mostrar cariño y cercanía. Creyentes que más infunden respeto, distancia, malhumor y rechazo que el amor que deben emanar de un encuentro continuo con el Dios de la vida. Nadie podrá entonces ver en la experiencia religiosa a ese Dios personal que nos enseña a vivir una sexualidad personalizada.

El cuerpo no tiene que ser mortificado para convertirse en espíritu puro. De lo que se trata es de integrarlo en toda su plenitud y vivirlo para que sea capaz de expresar a través de sí la inmensa capacidad de ternura y caridad de Dios. La misión principal del creyente será tener amplitud de visión frente a la sexualidad, no diseccionarla o reducirla. Indicar el camino para vivirla positivamente y desbrozar el camino para lograr la felicidad. La educación religiosa debe hacer de nuestros cuerpos el lugar donde se encarna un signo visible de la inmensa caridad, ternura, abrazo, beso

del Creador. ¡Porque Él sigue viéndolo todo bien hecho!. Hay que arriesgarse a amar, y no únicamente a ver peligros donde no los hay. Hoy más que nunca los creyentes debemos ser Evangelios vivos de la caricia, la ternura, acogida, entrega y amor gratuito que Dios nos tiene a todos a través de nuestros cuerpos. No búnqueres de represiones y muros afectivos o sexuales que nos convierten en signos de increencia e inmadurez. Frente a tanta represión de sentimientos los creyentes debemos de ser expresión constante de valores capaces de transformar este mundo según el pensamiento de Dios.

Según los textos evangélicos, el único pecado verdadero es la falta de amor: el egoísmo es lo que hay que perseguir con el mismo mayor celo con el que se ha perseguido hasta ahora una sexualidad no reproductora. El cuerpo es el cauce necesario para encontrarnos con el Tu de nuestra existencia. Toda condena de la sexualidad es la mayor negación de desear descubrirnos en las manos acogedoras de Dios. Es cuestión de no perder más tiempo en represiones y mortificaciones que más que sanar dañan y se transforman en caminos equivocados de vivir la fe. Una sexualidad bien llevada y comprendida hace a la persona y, de igual modo, al creyente un ser más libre, más aireado, abierto a escuchar, aceptar, tolerar, comprender, perdonar...a sus semejantes. Una sexualidad vista desde la mirada de Dios es la garantía de una felicidad espontánea y sincera. Porque cuando las criaturas se ven con los ojos del Creador y serán para siempre todas buenas: también la sexualidad.

Fr. Martín Alexis González Gaspar OP.

3. Ética y sexualidad, ¿juntas?

Muchos pueden ser los que pongan cara de cierto escepticismo ante la pretendida vinculación de la ética y la sexualidad. Muchos pueden opinar que si la sexualidad, hoy por hoy, goza de tanta salud es, en gran parte, por la libertad que ha adquirido tras escaparse del estrecho corsé de la ética. Y mucho más si hacemos referencia a la ética-teológica, a la teología moral.

Hoy no es evidente que haya legitimidad por parte de la ética para abordar el tema de la sexualidad. Sin duda, este hito resulta novedoso en relación a otras épocas, ya que la sumisión de la sexualidad a la cátedra de la ética y, muy especialmente, a la ética-teológica, ha sido un fenómeno constante.

Sin duda el surgimiento de la nueva ciencia de la sexología ha sido determinante en este proceso. Este surgimiento ha producido una conciencia clara de autonomía, en relación a otras propuestas no científicas de la sexualidad. Lo que ha llevado a desacreditar la aportación de la ética como oferta de sentido y orientación del comportamiento humano. Una desconsideración que parte del convencimiento que abordar lo sexual desde el sentido, lo normativo, la orientación existencial, supondría perder el frescor, la espontaneidad y la naturalidad de lo sexual.

Además de este fenómeno, lo sexual, hoy más que nunca, parece que encaja sólo y exclusivamente en el ámbito de lo privado, de la conciencia individual. Situación que lleva consigo una gran aspereza ante cualquier pretensión de reflexión y aclaración sobre el sentido de la sexualidad que venga de fuera, por la posible manipulación.

En este sentido, un acercamiento a la realidad nos permite vislumbrar cómo el elemento social característico del contexto en el que estamos inmersos es el de la pluralidad en la vivencia de la sexualidad. En este contexto, la imagen que se ofrece de

la sexualidad adquiere infinidad de rostros. Y esto es calificado como bueno, como dato y como tarea. Desde esta perspectiva, la propuesta ética que se presenta como única y verdadera es vista como un ansia irracional por igualar todo lo que existe en base a una determinada ideología. Lo único que la cultura actual está de acuerdo es que no hay una exigencia de ponernos de acuerdo. Esta circunstancia produce, en no pocas situaciones, una actitud clara de escepticismo ante las verdades y propuestas presentadas como definitivas y únicas.

Otro reto proveniente de sectores críticos es la falta de credibilidad que tiene un discurso ético que prescinde del lenguaje, de las expectativas y de la realidad en la que se sumerge. En este sentido, la ética y la ética teológica han sido, en infinidad de ocasiones, irrelevantes para la sociedad, y mucho más en el tema de lo sexual, por haber sido incapaces de hacerse entender y haber entendido el mundo en el que se encontraban.

Dicho esto, y con la pretensión de asumir las críticas que devienen de los escépticos ante la posible aportación de la ética a la sexualidad, hay que reivindicar la incidencia necesaria que ha de tener la ética en la vida sexual de los hombres y mujeres. Una incidencia que deviene por el hecho de que la persona ha de ser ciertamente responsable de su sexualidad. En este sentido, hay que afirmar que la sexualidad, como cualquier otra dimensión significativa de lo humano, está abocada a ser moral: “se podrá rechazar una ética determinada, pero todo ser humano, por el simple hecho de serlo, está condenado a vincularse con una moral”¹.

Y es que la tentación en nuestros días, en oposición a otras épocas donde se incidía en una visión espiritualista de las cosas, es olvidarnos que la sexualidad humana es humana. Una realidad y consideración que nos tiene que hacer evitar cualquier tipo de reduccionismo en su tratamiento, de deshumanización, incidiendo simplemente en su dimensión pulsional y biológica.

De esta manera, y como principio mayor, podemos decir que: “los mismos principios que rigen el comportamiento social de los seres humanos en otros niveles, son los que rigen el comportamiento sexual”². Esto es importante decirlo porque no vaya a ser que hoy saquemos la sexualidad de la comprensión integral de lo humano, condenándolo al fracaso por su llamada a formar parte precisamente de lo humano.

A este respecto una primera consideración que ha de ser clara y evidente: “la índole sexual del hombre y la facultad generativa humana superan admirablemente lo que de esto existe en los grados inferiores de vida”³. Esta consideración Magisterial nos ayuda a descubrir y a incidir en que existe una frontera cualitativa que separa con nitidez ambos mundos: “a diferencia de los animales, cuya actividad sexual está regulada por ciclos estacionales completamente instintivos, el hombre no dispone de regulación natural alguna para canalizar el instinto sexual”⁴.

¹ E. López Azpitarte, *Simbolismo de la sexualidad y humana: criterios para la ética sexual*, Santander 2001, 23.

² S. Benetti, *Sexualidad creativa: para vivir y gozar que ya es bastante*, Buenos Aires 1994, 122.

³ GS. 51

⁴ S. Benetti, o.c. 2, 125

A este respecto hay que afirmar que los animales no tienen más moral que la propia sumisión a los instintos, ordenados perfectamente (teleológicamente) al bien de los individuos y de la especie. A este respecto, podríamos decir que se encuentran mucho mejor programados.

Nosotros por el contrario no nacemos condicionados totalmente en nuestra sexualidad. Es decir, no nacemos programados o cerrados en nuestro ciclo de respuestas sexuales. El animal, desde este punto de vista, podemos considerarlo un animal perfecto, es decir, cerrado en sus instintos y respuestas suscitadas. Pero se trata de una cerrazón dada desde la misma necesidad estructural de responder a unos ciertos estímulos con respuestas preprogramadas. En el hombre, por el contrario, no se da una relación de necesidad, sino de decisión. El hombre hace lo que hace porque es libre y responsable. El hombre, desde este punto de vista y también en la sexualidad, se hace a sí mismo, lo cual le obliga a preguntarse por: el para qué de la propia sexualidad y por el cómo humanizar la sexualidad. Y estas preguntas son irresistiblemente éticas. Podremos contestar de diferentes maneras, pero la misma vivencia de la sexualidad, no nos permite escapar a las preguntas.

Y aquí, en este contexto, las ciencias y la ética están abocadas a entenderse. Por eso hay que evitar una sacralización de la ciencia. Una sacralización que deviene del hecho de responsabilizarse de aspectos para la que no está construida. Es decir, las ciencia aborda la realidad de la sexualidad desde el ámbito de lo dado, pero no debe ni puede hacerlo desde la perspectiva de la normatividad y la orientación. Esto no significa, en modo alguno, que desde la ética se haya de desprestigiar los datos provenientes de la ciencia. Todo lo contrario. Cualquier ética que se presente como seria ha de asumir los datos provenientes desde los diferentes saberes científicos.

Y es que las palabras de las ciencias no pueden ser únicas. Porque estas ciencias, como ciencias positivas que son, por fidelidad epistemológica a su propio método, abordan el comportamiento sexual humano desde los datos y permanecen en ellos. Lo suyo es constatar. Analizar lo que, de hecho, se da. Lo que hay: de ahí, se deducirán unas reglas de normalidad o anormalidad (...)⁵. La ética, por el contrario, está abocada a apuntar horizontes sobre los datos que la ciencia le proporciona. No puede tolerar que la ciencia determine lo bueno y lo malo. La ciencia determina lo normal o lo anormal. Será la ética y, ésta en diálogo con la ciencia, la que apunte hacia la tarea humanizadora que tiene que emprender el hombre y la mujer con la sexualidad, sometiéndola a la globalidad del proyecto personal.

Juan Antonio Chaves León, op

4. sexualidad y cultura: Cuerpo, mundo, cultura.

El mundo ha cambiado y pareciera que siempre estamos entrando en una nueva era. La evasión, la desesperanza, la impotencia frente al futuro, han agarrado carne –no toda la carne, ni menos el alma- frente a una sociedad que gasta parte importante de

⁵ Cfr. G. Mora, *Ética sexual*, en M. Vidal, *Conceptos fundamentales de ética teológica*, Valladolid 1992, 536-537

su tiempo en soledad y silencio, frente a un televisor, frente a un ordenador, o viajando por razones de trabajo. Pero, si sexualidad es encuentro, parece que esta soledad y este silencio vienen a reemplazar la soledad acompañada de aquel verso: *me gustas cuando callas porque estás como ausente*.

Y es que parece ser un rasgo creciente de esta sociedad el hecho de que cada vez se comunica menos, a pesar de que cada vez hay más métodos, sistemas, redes de comunicación... Las ciencias de la comunicación se han desarrollado, sí, pero demasiado mensaje sin persona dentro, mientras que la sexualidad es, precisamente, el viaje corporal, psicológico y espiritual por el que la persona se comunica y se dice en el mundo. También sexualmente el hombre se hace cultura y arte, expresión del afecto y el desear.

Sin embargo, parece triunfar una comunicación unívoca donde se absorbe pero no se da: ¿de igual modo en la sexualidad? Por otro lado, constatamos que la profundidad de la reflexión que no se comunica verbalmente aparece en la literatura, la pintura, la música y, en general, en las expresiones culturales contemporáneas. Quizá sea que los silencios de la nueva generación hablan también a través de los gestos donde cada vez parece haber más espontaneidad –aunque la espontaneidad sea una construcción más vacía de lo que pensamos: nada es tan espontáneo como parece-. Y, así, tal vez el deseo y el amor se hablen menos y se *hagan* más. Pero el *hasta que la muerte nos separe* se refiere hoy en algunos ámbitos a la muerte del amor, que es la metáfora de la muerte del sujeto amado para el amante. La eternidad del amor termina cuando se acaba el amor. Y eso es, en mi opinión, demasiado poco. Porque, cuando amo y convierto en sexualidad mi amor –la hago expresión en el mundo y así hago cultura- no quiero que muera ninguno de los componentes de esa experiencia.

Constamos que la sexualidad con esencias de deseo tira a un lado y al otro a la persona, confundiendo el amor con el deseo fácilmente. Tan fácilmente que por decir *me gustas* es frecuente oír *te quiero*. La indiferenciación del sujeto deseado parece ser el nuevo signo. Lo que interesa es el deseo y/o el amor y no el sujeto, con lo que se libera el amante de corresponder a las convenciones sociales para expresar este deseo, creando así una nueva convención social. El deseo y el amor valen por sí. Lo improbable es no desear y no amar. Es la filosofía del destape.

Parece que en una cultura pansexual sería necesario un serio discernimiento. Porque no todo humaniza ni todo es amor. Y la *pureza* –digo esta palabra en el más moderno y hasta posmoderno de los sentidos-, la resistencia a la inmediatez, nos enseña mejor lo que es amor y nos puede hacer más felices y valorarnos más y por cosas más duraderas y nutricias. Casi parece que se nos acerca una noche sobre lo que damos en llamar deseo. Algún artista nos recuerda que *“noche es todo estado que suscita en el sujeto la metáfora de la oscuridad (afectiva, intelectual, existencial) en la que se debate o se sosiega”*. Por lo tanto, en el amor, *“la noche no es una hora del día sino estar en tinieblas que me ocurre porque me ciega mi apego a las cosas y el desorden que provoca”*. Ya decía S. Juan de la Cruz, *“La mayoría de las veces estoy en la oscuridad misma de mi deseo; no sé lo que quiero, el propio bien me resulta un mal; lleno de resonancias, vivo golpe a golpe: estoy en tinieblas”*.

4.1. La manifestación artística del desnudo.

Una ventana al corazón desnudo.

En palabras de Juan Pablo II (Catequesis del 6 de mayo de 1981) “En el decurso de las distintas épocas, desde la antigüedad –y sobre todo, en la gran época del arte clásico griego– existen obras de arte cuyo tema es el cuerpo humano en su desnudez; su contemplación nos permite centrarnos, en cierto modo, en la verdad total del hombre, en la dignidad y belleza –incluso aquella ‘supresensual’– de la masculinidad y feminidad. Estas obras tienen en sí, como escondido, un elemento de sublimación, que conduce al espectador, a través del cuerpo, a todo el misterio personal del hombre. En contacto con estas obras –que por su contenido no inducen al ‘mirar para desear’ tratado en el Sermón de la Montaña–, de alguna forma captamos el significado esponsal del cuerpo, que corresponde y es la medida de la ‘pureza del corazón’. Pero hay también producciones artísticas –y quizás más aún reproducciones– que repugnan a la sensibilidad personal del hombre, no por causa de su objeto –pues el cuerpo humano, en sí mismo, tiene siempre su dignidad inalienable– sino por causa de la cualidad o modo en que artísticamente se reproduce, se plasma, o se representa. Sobre ese modo y cualidad pueden decidir los diversos coeficientes de la obra o de la reproducción artística, como otras múltiples circunstancias, más de naturaleza técnica que artística. Es bien sabido que a través de estos elementos, en cierto sentido, se hace accesible al espectador, al oyente, o al lector, la misma intencionalidad fundamental de la obra de arte o del producto audiovisual. Si nuestra sensibilidad personal reacciona con repugnancia y desaprobación, es porque estamos ante una obra o reproducción que, junto con la objetivación del hombre y de su cuerpo, la intencionalidad fundamental supone una reducción a rango de objeto, de objeto de ‘goce’, destinado a la satisfacción de la concupiscencia misma. Esto colisiona con la dignidad del hombre, incluso en el orden intencional del arte y la reproducción”.

Como puede verse, el problema no es en primera instancia el “objeto material” representado porque el cuerpo en sí es algo bueno. Se trata de un problema que va al nivel del objeto moral. Ese objeto (el cuerpo desnudo o semidesnudo) está plasmado, o representado, reproducido con una intencionalidad que le infunde el “artista” a través de las cualidades o modos en que la reproduce (posturas, enfoques, gestos, realismo, viveza, etcétera). “Al espectador, invitado por el artista a ver su obra, se le comunica no sólo la objetivación, y por tanto, la nueva ‘materialización’ del modelo o de la materia, sino que, al mismo tiempo, se le comunica la verdad del objeto que el autor, en su ‘creación’ artística, ha logrado expresar con sus propios medios” (Catequesis del 6 de mayo de 1981).

De aquí que, cuando esa intencionalidad supone una reducción del cuerpo a rango de objeto de goce, destinado a la satisfacción del deseo posesivo, objetivante o egoísta, la imagen atenta contra la dignidad de la persona (de la que es representada y de la que mira) y se inserta en la “pornovisión” (Catequesis del 29 de abril de 1981) que Jesucristo equipara con el adulterio del corazón: “Yo os digo que todo el que mira a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su corazón” (Mt 5,28).

Cuando la obra tiene ese elemento de “sublimación” que incluye la cualidad de no inducir, de manera primaria y primera al “mirar para desear”, no parece ofrecer objeciones morales.

4.1.1. Pintura

“El arte y la sexualidad son la misma cosa” ¿verdad o falacia?

El título parece ser una convicción de **Picasso** al crear su obra con referencias sexuales. **Picasso** tenía 12 años cuando plasmó, con una mezcla de inocencia y precocidad, sus primeras interrogantes y afirmaciones acerca de la sexualidad. Eran los primeros años del siglo pasado cuando el genial y controvertido artista establecía una relación, a la postre incestuosa, entre la creación artística y los entresijos de la pasión humana. El mismo, antes de morir, afirmó tajante esto que quizá sea una de las constantes más irrefutables de su obra: *“El arte y la sexualidad son la misma cosa”*.

Si nos detenemos en **Picasso** es porque en él esa relación arte-sexualidad llega a alta fusión. Lo que no convierte su obra en paradigma de acceso paradigmático a la profundidad del ser humano a través del cuerpo. Mas bien todo lo contrario, como quizá su vida amorosa y sus “gestos” de humanidad acabarían de mostrar. Pero ello no le quita interés como artista y por eso arroja datos no despreciables que interesan por su repercusión en la historia del arte. Al artista no se le puede consentir todo, so aceptar su tiranía como ejemplar.

Picasso siempre elevó hasta el misterio de la pintura su propia vida: sus amantes, sus esposas, sus novias, sus incesantes visitas a los burdeles de la Barcelona de antes de la Guerra Civil o del París revolucionario de finales de los años sesenta. Picasso convierte al Minotauro -mitad humano, mitad animal- en su alter ego en esta búsqueda perpetua, por medio de la plástica, del erotismo. Con él recorre asuntos como el beso, el abrazo, la caricia, la felación, el bestialismo, el exhibicionismo, el voyeurismo y el priapismo de su adolescencia precoz.

Cuando Picasso tenía 26 años pintó lo que después se convertiría en uno de los cuadros fundacionales del arte moderno: Las señoritas de Aviñón, inspirado en el burdel barcelonés de la calle de Avinyo, que no de la ciudad francesa, al que Picasso y sus contertulios eran asiduos y desde donde Pablo Ruiz continuó durante unos años su diálogo individual con el erotismo, el sexo, la pasión. En los años treinta inicia otra pulsión erótica, la del pintor y su modelo, que recupera de Rembrandt y que retomaría dos décadas después para nunca dejarlo. “La relación entre el pintor, la modelo y la pintura, la tensión latente entre ellos, la resolución de esta a nivel plástico y también a nivel humano, es uno de los grandes temas recurrentes en la obra de Picasso. El abrazo apasionado de la modelo y el pintor es una metáfora de la posesión, no sólo sexual, sino también pictórica”, señala algún crítico.

También Salvador Dalí narra en sus memorias sus afanes voyeurísticos y describe las orgías que organizaba para excitarse mirando a jovencitos de ambos sexos haciendo el amor, no en vano algunas de sus obras se llaman: El gran masturbador, La metamorfosis de Narciso y Los relojes blandos. (“Me acusaban de homosexual! Si yo antes de conocer a mi esposa Gala era impotente!”). Su perspectiva es descarnada e impersonal. Reductiva y objetivizante. El arte no puede justificar, bajo el velo de la genialidad y el endiosamiento, cualquier acercamiento a la realidad del hombre. La elevación al endiosamiento a la figura del artista es un error que la propia modernidad reconoce. El artista no es un ser divino, o, si metafóricamente lo es, debe ser a través de la sobreabundancia de conocimiento de lo humano y la humanización, aun cuando para ello a veces nos tenga que golpear, pero sólo para despertarnos a una visión más rica.

4.1.2. Escultura - instalaciones

En la posmodernidad ha irrumpido una forma artística llena de posibilidades por su multidisciplinariedad y su versatilidad. Se trata de las instalaciones. La cualidad primordial de la instalación y el arte-objeto es la ambigüedad. Difícilmente podemos aventurar definiciones, ni siquiera aproximaciones en torno a ellas. El poder de evocación que generan estas expresiones artísticas de incierta clasificación da lugar a toda suerte de lecturas e interpretaciones. De ahí su genialidad: despertar la curiosidad y el asombro. Propiciar la cavilación, avivar la imaginación... Ser expresiones muy amplias del ser corporal del hombre y sacar de él su dimensión afectiva utilizando e irrumpiendo en su ser espacial. Obras concebidas para dialogar en forma dinámica con el público, las instalaciones, cuando poseen calidad conceptual y estética, consiguen atrapar al interlocutor en su red de interrogantes y posibilidades. El vínculo se establece solo: el espectador se enfrenta a la obra, la recorre literalmente, en ocasiones la puede tocar y oler, y cada uno saca sus propias conclusiones. Lo divertido de las instalaciones es que nos hacen sentir parte activa de una obra inacabada que se completa con nuestra interacción. El diálogo con estas obras propone la vinculación de las vivencias privadas con la experiencia colectiva. El vínculo se establece a partir de la percepción del espectador. Por lo tanto, la lectura filosófica de las obras-objeto y las instalaciones nos remite a la fenomenología de la percepción de **Merleau-Ponty**, según la cual el cuerpo responde a ciertos elementos (textura, temperatura, densidad...) como instrumentos perceptivos y cognoscitivos de una realidad no visible. La escultura no tradicional, la instalación y el arte-objeto aguzan los sentidos y estimulan la percepción.

En una exhibición de instalaciones, la dificultad reside en establecer el diálogo con las obras. Proliferan las exposiciones de este género en museos y galerías pero, en muchos casos, el diálogo se pierde en museografías caóticas. Por ello la figura de Louise Bourgeois (Francia, 1911) es necesaria para entender este tipo de expresión artística que busca dialogar con toda la dimensión corporal de la persona. Hemos reproducido una escultura-objeto suya dedicada a la evocación del universo femenino. La escultura de Bourgeois, titulada *Casa* (1986), es una síntesis minimalista de las inquietudes que la han perseguido a lo largo de su vida: la representación de la mujer a partir de simples formas orgánicas que, en ocasiones, simbolizan senos o glúteos. Sus tribulaciones se presentan en esta pieza que encierra secretos, enigmas y ambigüedades del universo de la mujer. Bourgeois se refiere a la sexualidad en su dimensión erótico-poética. En otras obras suyas inquieta la presencia invisible de la figura femenina, frágil y vigorosa, en sus facetas de mujer-esposa, mujer-madre, mujer-deseo.... Ni que decir tiene del carácter de protesta de estas obras.

Este tipo de arte apunta a la relación cada vez más estrecha que se abre entre la expresión artística y la dimensión sexuada del individuo: se tiende a que *el todo sujeto* se exprese, a que *el todo sujeto* capte, a que *el todo sujeto* se sienta insertado, metamorfoseado, incumbido. Ejemplo de ello es también el *Body art*, en el que es el cuerpo humano la materia base y prima de la obra de arte. Si bien en algunas manifestaciones se traspasa ampliamente la línea que divide lo que humaniza de lo que deshumaniza, so pretexto de querer expresar el drama de la deshumanización, la expresión de la cual, de entrada, parecería legítima en orden a avivar la memoria o urgir a respuestas... etc.

4.1.3. Poesía y sexualidad

Hay una expresión cultural que no podemos pasar por alto: la poética, que nos hace ver que el lenguaje es una piel: yo froto mi lenguaje contra el otro. Es como si tuviera palabras a guisa de dedos, o dedos en la punta de mis palabras. Mi lenguaje tiembla de

deseo. La emoción proviene de un doble contacto: por una parte, toda una actividad discursiva viene a realzar discretamente, indirectamente, un significado único, que es “yo te deseo”, y lo libera, lo alimenta lo ramifica, lo hace estallar (el lenguaje goza tocándose a sí mismo); por otra parte, envuelvo al otro amado en mis palabras, lo acaricio, lo mimo, converso acerca de estos mimos, me desvivo por hacer durar el comentario al que someto la relación –dijo alguien. En la textura del poema se mezcla la lógica, el sentido del sentimiento –si lo tiene o se le encuentra- con los matices corporales en que ese sentimiento aflora. Pero mejor lo expresa **Shakespeare**:

...veo en ti imágenes que amaba y tú -que todas las contiene- me posees todo entero

los días se me hacen noches mientras no te veo

y las noches días resplandecientes cuando el sueño me muestra tu imagen,

mas cuando asedien tu frente cuarenta inviernos y caven profundas trincheras,

el aliño orgulloso de tu juventud, no será sino un vestido hecho de jirones, tenido en poca estima.

Así, hermoso y amado adolescente, cuando vuestros encantos se marchiten vivirás en estos versos, morando en los ojos de los amantes.

La muerte no ha de lograr llevarse de aquí tu memoria,

tu nombre gozará en este mundo de una vida inmortal

irás contra la muerte y el olvido

tu monumento serán mis dulces versos, que leerán ojos aún no engendrados y las lenguas futuras sostendrán tu ser cuando todos los que respiran en este mundo se hallen muertos

perdurarás siempre -tal es el poder de mi pluma- donde más alienta el aliento, es decir, en los labios de los hombres.

Así, la dimensión sexuada del amado por **Shakespeare** ha de pervivir por la pluma de éste. Pero hay más:

*Y en un principio fuiste para mujer creado,
mas la naturaleza, chorreando al trazarte,
al añadirte algo me defraudó contigo,
sumándote una cosa que no hace a mi propósito.
Mas ya que te dotó para placer de hembras,
Será mío tu amor; tesoro de ellas su uso.*

Entre la poesía amatoria se destacan estos Sonetos a Mr. WH de **Shakespeare**. Muchos críticos han querido disfrazar el destino de estos versos. **Oscar Wilde** en su ensayo sobre estos sonetos es uno de los primeros, sino el primero, que apunta que **WH** era un joven, adolescente, quizás un aristócrata, de quien el genio inglés estaba francamente enamorado. Dejando de lado –no es nuestra tarea- la consideración moral que esto nos provoque, el hecho es que, enmascarando, la poesía le permite a **Shakespeare** desenmascarar más elementos de lo que él –según su percepción interior- vive como dimensión sexuada. Es otra de las funciones del arte literario al servicio del ser sexuado del ser humano: enmascarándonos, nos desenmascara.

En la lengua inglesa hay otro poeta, **Walt Whitman**, nacido en 1819, que escribió una obra sobre la sensualidad, y el regocijo del ser. Se llama Hojas de hierba, y de una

parte, El canto a mí mismo, extraemos un poema donde al final la mirada del poeta se funde con el cuerpo de los otros seres:

*28 muchachos en cordial camaradería,
se bañan en el río y una mujer de 28 años, virgen y hermosa, vive solitaria.
Suya es la suntuosa mansión que se alza en la ribera
y espléndida y ricamente vestida,
espía oculta tras los cortinajes del balcón.
cuál de aquellos muchachos le gusta más
todos le parecen hermosos!
¿adonde vas señora? aunque estás fija en tu atalaya
yo te veo ahora chapotear en el agua
danzando y riendo ha entrado en el río una hermosa bañista
ellos no la ven, pero ella los ve y los siente henchida de amor.
Brilla el agua en las barbas mojadas de los hombres,
corre por los cabellos largos
y como pequeños arroyos pasa acariciando los cuerpos.
una mano invisible pasa también acariciando temblorosa las sienes y los lomos.
los muchachos flotan boca arriba con el vientre blanco, combado bajo el sol,
sin saber quien los abraza y los aprieta
quien resopla y se inclina sobre ellos,
suspensa y encorvada como un arco,
ni a quien salpican al golpear el agua con los brazos.*

Pareciera que el lenguaje se vuelve sexualidad en estos versos en los que el que observa acaba fundiéndose con lo que desea. El verso es el vínculo entre la bañista y los muchachos.

Pero la sexualidad inteligida debe ir más adentro. Y también las palabras de la Biblia recogen la dimensión sexuada del ser humano para ir más adentro. Así por ejemplo, en el **Cantar de los Cantares**, podemos encontrar una sublimación de la relación de pareja, en la cual los amantes expresan su amor apasionado el uno por el otro, e inclusive hacen descripciones físicas que resaltan aspectos de la feminidad o de la virilidad, según sea el caso. Sin embargo, pese a que los escritos sagrados no reprueban la sexualidad, no significa que no la regulan. Es decir existe una norma que si es respetada, va a conducir al ser humano a su propio beneficio y al de su entorno. En el caso de las relaciones sexuales, éstas se ven circunscritas al matrimonio. En el **Cantar de los Cantares**, encontramos alabanzas hechas por la pareja en forma de matrimonio “Toda tú eres hermosa, amiga mía y en ti no hay mancha. Ven conmigo desde el Líbano, oh esposa mía...” (Cant 4,7-8).

En el mundo antiguo, la hierofanía sexual nacida de una cosmovisión panteísta cedió con la llegada del cristianismo a un proceso de desacralización de la sexualidad. El esquema cristiano defensor de la trascendencia de Dios entendió que había una radical diferencia entre lo “terreno” y lo “divino”, se lleva a cabo así una secularización de la sexualidad como realidad terrestre que debe ser vivida como las demás realidades de este tipo. Este mismo proceso ya se había iniciado antes en la cultura hebrea.

Pero hay ejemplos de otras religiones. Algunos artistas orientales, inspirados en el espíritu del Islam, no tuvieron reparo en utilizar un lenguaje apasionado para describir sentimientos espirituales. Es especialmente común en la poesía mística de los sufíes. La poetisa **Rabí'a**, esclava y posteriormente liberta es considerada como la María Magdalena del Islam. Su lenguaje apasionado describe un sentimiento espiritual, encontramos en su poesía: "Te amo con dos amores, con un deseo apasionado y con un amor nuevo" o "¡Oh! ¡Amigo de los corazones!... Es a ti a quien busco... Eres mi alegría... el único objeto de mi deseo... De tus vergeles celestes, lo que deseo, no es alguno de sus placeres, mi único deseo es verte." **Ibn-Al-Faridh**, es mucho más conocido por utilizar recursos verbales del amor profano en beneficio del amor sagrado. Hace comparaciones tanto de la embriaguez del éxtasis (elogio del vino), como de la gratificación sensual. "Corro hacia los soplos del céfiro, pero mi vista no aspira sino al rostro de quien ha tomado su perfume... Si otro se conforma con el fantasma de su imagen, yo, de su posesión misma no me sacio jamás". **Jalalodin Rumi**, considerado como uno de los más grandes poetas del Islam, crea un lenguaje en el cual el amor encuentra nuevos significados "Dichoso el momento en el que estemos unidos en el palacio tú, y yo, con dos formas y dos rostros, pero con una sola alma tú, y yo, ... Liberados de nosotros mismos, estaremos unidos en el éxtasis, alegres y sin vanas palabras, tú, y yo". La poeta **Táhirih**, utiliza el mismo lenguaje de los místicos, utilizando un lenguaje simbólico en algunos de sus poemas, reflejando un amor apasionadamente espiritual y profundo: "Y yo, ansiando contemplar tu faz, sobre las brisas munificas vendría, hálito de espíritu que me lleva presto a buscarte en cada hogar, en cada puerta, en cada cuarto, en calle estrecha y en mercado. Ansío degustar con lengua almibarada, el almizcle y ámbar de tu boca perfumada, besar la fragancia de tus labios aromados que, como capullo de rosa que se abre, mirra e incienso distribuyen, para sepultar invierno y verano despertar, trayendo cálidos céfiros del suave sur".

4.1.4. Cine y sexualidad

"Los chicos no lloran"

Las nuevas expresiones del arte de la modernidad no podían estar ajenas a estas relaciones entre cultura y sexualidad, especialmente el cine, (¡ni qué decir de la TV!). Grandes artistas como Alfred Hitchcock con *La ventana indiscreta*, Kieslowsky con *Una película de amor* (no desearás a la mujer de tu prójimo) o Brian de Palma con *Doble de cuerpo*, han fisgoneado a través de una ventana para descubrir aspectos de la dimensión sexual del ser humano -inquietantes a veces- sin una finalidad primeramente morbosa, sino más bien cultural y antropológica. En varias cintas del aragonés Luis Buñuel hay un desfile casi constante de diversas desviaciones, entre las cuales el voyeurismo lleva una gran parte, como asimismo en algunas películas del italiano Fellini: recordemos *Amarcor*. Passolini, desde una perspectiva más escabrosa, llevó al cine tres obras de mirones como *Boccaccio*, *Chaucer* y *el marqués de Sade* en las películas *Decamerón*, *Los cuentos de Canterbury* y *Los 120 días de Sodoma* respectivamente.

Aludiré, no obstante, a una obra nada voyerista ni sensual ni morbosa que, así, con más talento que explicitación, sin escarbar en lo anecdótico y tratando de introducirnos en el corazón de los personajes, lleva a cabo una espléndida reflexión sobre la relación entre sociedad, marginación, conflictos psicológicos adolescentes, identidad sexual, soledad, ternura, violencia...: *Boys don't cry*.

Dirigida y escrita por una mujer, Kimberly Peirce, *Boys don't cry* es la historia sobre la breve existencia de una joven, Teena Brandon, violada y asesinada en 1993. Uno ya supone al empezar la cinta que Los chicos no lloran tendrá un final poco feliz, pero el impacto emocional supera lo esperable. Esta película se basa en hechos reales sucedidos en EE.UU. Teena Brandon, nacida mujer, se siente varón y se presenta como Brandon y no se considera un caso raro de patología sexual: es una chica solitaria que prefiere ser muchacho, poder juntar dinero para operarse, que se hace cortar el pelo muy corto, se pone una media abajo del calzoncillo para simular los genitales masculinos, se venda los pechos para aplastarlos y se lanza a la vida. En todo caso con pocas ventajas en un mundo discriminador, violento y sexofóbico. No se considera una transexual, ni una lesbiana, ni una travesti, ni quiere categorizarse dentro de una mera crisis de identidad sexual.

Una de las muchas virtudes de *Boys don't cry* es que ni siquiera una vez usa la fatigada frase "Soy un hombre atrapado en un cuerpo de mujer". Es una especie de Romeo y Julieta en Nebraska. Brandon no es la persona más inteligente del mundo, no tiene conciencia clara de los peligros que corre, pero es una de las más amables y pronto se enamora de una chica. Para esa chica, llamada Lana, Brandon es el primer buen chico que ha conocido... Esta cinta refleja el vagar en estaciones de servicio o en pistas de patinaje, yacer tirados en un sofá mirando la televisión con ojos irritados, tener trabajos que pulverizan el alma, fumar, perder el tiempo en bares... En esa devastación, que es todo lo que Lana conoce, aparece Brandon y le regala una flor... ¿Sabe Lana que Brandon es una chica? Hay un instante en el que se sabe y al mismo tiempo no, porque no se quiere saber: el romance se construye sobre la ilusión de que cuando amamos a alguien, amamos la ilusión que ha creado para nosotros.

Esta cinta nos hace reflexionar sobre cómo en un mundo donde imperan la violencia, la delincuencia, la descomposición familiar, el alcoholismo, la discriminación y el racismo, la amenaza no es una persona como Teena Brandon que busca su lugar en el mundo con ojos frescos de joven. Más bien es una víctima para levantar la autoestima, la sexualidad tambaleante y el machismo violento de sus dos asesinos (uno de los cuales está condenado a la pena de muerte y el otro a cadena perpetua).

Boys don't cry es una película con una interpretación insuperable (–debería recordarse en la historia reciente del cine-) y conmovedora por parte de Hilary Swank, ganadora del Oscar con justicia –pocas veces los Oscar premian los mejores productos verdaderamente cinematográficos-, por su creación de un personaje que se hace querer y que conmociona. Es una película con sublimación más allá de lo contado, donde todo está medido, depurado, justificado y resulta creíble; no hay regodeo estético y sí una excelente banda musical. Se pinta duramente el submundo joven de EEUU.

Independientemente de la opinión que nos merezcan las confusiones que atraviesan la mente de la protagonista –o la de su persona real- es un film emocionante que toca todas las fibras, haciendo reflexionar y sentir que lo mejor de todas las cosas es poder aceptar las diferencias de nuestros semejantes –aún y cuando las sintamos muy diferentes, demasiado quizá: ahí la grandeza de la acogida- en un marco de cariño y paz que salva a la persona por encima de lo demás.

4.2. Degradación del arte

La definición de pornografía alude semánticamente a un *“tratado sobre la prostitución, el escribir sobre las prostitutas”*. La existencia de esta profesión garantizaría la *“castidad y decencia de las otras damas”*, configurando así una doble moral en la que habría dos tipos de mujeres: las destinadas para el placer del varón son, al mismo tiempo, desvalorizadas para el matrimonio y la maternidad y, en sentido inverso, aquellas presentadas en sociedad no deberán comportarse como muy ardientes o provocativas. Desde esta óptica es posible ver que la concepción pornográfica nace en función de las necesidades de los varones y por qué las mujeres se sienten excluidas violentadas o utilizadas ante su exhibición.

La visión pornográfica puede producir un desagradable impacto estético. Justamente, películas y fotos, han sido concebidas desde esta particular manera masculina de entender la sexualidad: el cuerpo de la mujer es cosificado como objeto de uso para la satisfacción del varón y no como disfrute mutuo. Así, no hay arte. Ni lo habrá.

La pornografía reduce el erotismo a unas limitadas partes de los cuerpos que, en ambos sexos, son mostrados como meros **fragmentos humanos**. Pero este hecho se exagera considerablemente con las mujeres: las partes de su cuerpo en primeros planos... aparecen desvinculados de los afectos. Los rostros, en general, evitan manifestar situaciones de ternura y compañerismo sexual. En el varón existe un privilegio del pene, sobredimensionado en posibilidades en cuanto a duración y frecuencia coitales. La obtención del orgasmo femenino aparece en estas películas como algo exagerado y producto exclusivo de la visión o utilización utilitarista.

La pornografía construye mitos degradantes de cómo debe ser la sexualidad, creando falaces niveles de exigencia que, como consecuencia, contribuyen a la persistencia de conflictos sexuales en los espectadores que padecen cuadros de anorgasmia, impotencia, eyaculación precoz, o complejos de otro tipo. Se sostiene, tendenciosamente, que las dimensiones son lo más importante para la satisfacción femenina o que las mujeres disfrutaban si son maltratadas o aun violadas.

Recientes obras cinematográficas proponen elementos pornográficos como verdaderas creaciones artísticas. Es una filosofía defendida incluso en algún festival cinematográfico renombrado. Obviamente, hay que detectar y delatar el mero reclamo publicitario en gran parte de ellas, así como la falta de creatividad del artista que busca impactar, congelando la verdadera reflexión y sometiéndola a la verdadera emoción, con tal de hacerse con un nombre dentro del a veces muy engañoso panorama del arte. Y eso cuando lo que se busca no es, directamente, sino la recaudación, que no repara en consecuencias morales o personales, en feísmo y en degradación, haciendo pasar por moderno lo que es seriamente retrógrado e inhumano.

Antonio Praena Segura O.P.

5. Sexualidad en los mass media

5.1. Al decir Sexualidad, ¿de qué hablamos?

El planteamiento de cualquier tipo de cuestión exige clarificar al máximo el vocabulario que se utiliza, ya que ayuda a entender el significado de una realidad y en este caso el de la sexualidad.

El ser humano es sexuado. El sexo es una energía elemental y biológica. La sexualidad, en cambio, es la integración constructiva del sexo en el proyecto vital de la persona. La sexualidad supera, por tanto, el fenómeno puramente biológico y viene a revelar un horizonte muy superior; no es simplemente “aparearse”. Es lenguaje de comunicación entre dos personas que sirve para expresar la armonía, no sólo de su psique sino también de su afectividad y de sus cuerpos, que les ayuda a descubrirse y enriquecerse mutuamente.

El cristiano no subestima la sexualidad, que es un valor incluso fuera del ámbito de la procreación. Una fácil, manipulada y rechazable “moralina” impide el acceso a una comprensión de lo moral de amplio y esencial contenido.

Entre los placeres, el sexual es el mayor y más significativo. Es la culminación de nuestra condición sexuada. En el hondón de aquél se halla quien ha creado la sexualidad como deseo y placer: Dios. Sin embargo, en los medios de comunicación (TV, revistas del corazón, anuncios etc.), el placer sexual ofrece otros contenidos que vamos a comentar.

5.2. ¿Qué visión nos ofrecen los medios de comunicación?

En la llamada “era de la comunicación”- y de la imagen-, los llamados mass media han alcanzado tal influencia y poder de persuasión que, además de reflejar la sociedad a la que van destinados, están conformando, de hecho, unas mentalidades, ofreciendo modelos de conducta y transmitiendo “valores” o “contra-valores”. De ahí, que nos hemos acercado a ellos con espíritu abierto y ojo crítico, para descubrir qué visión reflejan de la sexualidad.

5.2.1. En las revistas del “CORAZÓN”

El examen de diversas revistas “del corazón”, por todos conocidas, así como de determinados programas de TV de los llamados “de famosos” -excluyendo los “programas-basura”, de los que no vale la pena hablar, y el fenómeno en internet, que sería objeto de otro análisis- brinda la ocasión de observar cómo las parejas que aparecen en dichos medios, salvo muy puntuales excepciones, presentan un abanico de notas distintivas de su vida afectiva. “Vida afectiva” de la que hacen gala y con la que mercadean, haciendo patente cómo el valor de la sexualidad, factor integrador, fuente de felicidad y realización inter-personal del ser humano, brilla por su ausencia.

Las relaciones entre mujeres y hombres son de carácter banal. Las uniones se rompen, por estimar que los sentimientos tienen siempre caducidad, que no existe un amor para toda la vida y que la convivencia es destructiva. De este modo, se origina un modelo de monogamia sucesiva (separación de la pareja anterior, divorcio y nuevo matrimonio o nuevas relaciones sentimentales), con el agravante de que este patrón de parejas “en cadena” va dejando en pos una estela de hijos y una serie de problemas que, en este tipo de publicaciones y programas, quedan edulcorados.

En oposición a ese comportamiento, llama la atención el afán de legitimar la nueva relación con la boda civil y, si se puede, con una ceremonia religiosa. La liberalización sexual practicada por estas personas, que cuentan con el aplauso de los gestores de los mentados medios de comunicación, supone un apetecible “filón de oro” para ambas partes implicadas.

5.2.2. En los mensajes publicitarios

Si analizamos los mensajes publicitarios (de TV, sobre todo) elaborados por profesionales que utilizan las últimas técnicas de marketing y de captación del espectador para vender productos de consumo (o quizás también estilos de vida), ¿qué imagen de la sexualidad nos presentan? Invitamos a la observación:

- De forma descarada se utiliza el cuerpo de la mujer (el del hombre, cada vez más) y el sexo como reclamo para vender todo tipo de cosas, (bebidas alcohólicas, coches, etc.) valiéndose casi siempre de modelos casi perfectos. (¿Culto a la belleza corporal? ¿Negocio de la cosmética?) El cuerpo es tratado como mero objeto sexual; reducido a simple instrumento de placer, sin referencia alguna a la interioridad de la persona, queda relegado al ámbito de lo irracional.

-En muchos de los anuncios se sugiere que la recompensa ofrecida al consumidor es la satisfacción sexual inmediata. Sexualidad “kleenex”, de usar y tirar; y la relación, fruto del impulso para satisfacer el instinto, es tan efímera, que pervive lo que dura el desodorante, la botella de licor, etc.

Como podemos comprobar la mayoría de los mensajes publicitarios se sirven del sexo puro y duro, el simplemente biológico (no la sexualidad), como la más fascinante atracción: "practicar sexo", es como practicar deporte, algo placentero, sano y sin consecuencias.

Cierto tipo de revistas, de contenido llamado "femenino" (Belleza, Moda, Cultura del ocio, etc.) incluyen, frecuentemente, en sus portadas anuncios como éstos: "Lecciones de sexo. ¡Fuera miedos!". "El sexo se aprende practicando". "Relájate y disfruta", y en sus contenidos no encontramos más que un pobre manual de instrucciones para conseguir satisfacción, sin referencia alguna a la ética o al amor.

5.3. Preguntas abiertas: ¿valores o contravalores?

De la observación crítica de estos mensajes ¿qué imagen de la sexualidad y su valor nos transmite la publicidad hoy? Veamos:

1º La sexualidad- la satisfacción sexual- usada profusamente por los publicistas como gancho, es un valor en sí misma en la sociedad y la cultura que vivimos, lo que no se podría afirmar hace unas décadas, y eso, en buena medida, es positivo.

2º La sexualidad se considera, como un instrumento de afirmación de la persona e incluso de la propia identidad. Ha pasado de ser algo vergonzoso a ser algo valioso.

3 Por otra parte, en una sociedad individualista y consumista como la nuestra, donde lo fugaz y la búsqueda del placer imperan, la sexualidad parece relegarse a lo instintivo, a una persecución exclusiva de la propia satisfacción, desligada de cualquier relación inter-personal, profunda y duradera, entre dos seres que se atraen, más allá de lo físico, por cualidades permanentes (la bondad, la inteligencia, la generosidad, etc.).

Ahora bien, ¿reflejan estos modelos la realidad que se vive entre adultos y jóvenes (consumidores potenciales), o están creando e imponiendo modelos de conducta? Si

es así, ¿cuál es su objetivo? ¿A quienes beneficia? Además, ¿es esto inofensivo para el conjunto de la sociedad?

5.3.1. ¡Que no te lo vendan!: Datos para pensar.....

- El uso y el abuso publicitario del cuerpo humano, en especial el femenino, como simple objeto sexual no es aceptado por una gran parte de la población que le confiere otra dignidad como vehículo de transmisión de sentimientos más profundos y ha provocado un gran número de denuncias que, en algunos casos, ha dado lugar a la retirada de ciertos anuncios por sexismo y por inducir a la anorexia, enfermedad, en muchos casos, mortal.

-Nos encontramos ante una avalancha de mensajes cargados de imágenes sexuales, dirigida a una sociedad cuyos miembros, en especial adolescentes y jóvenes, están, aparentemente, bien educados, capacitados para asimilarla y vivir una sexualidad sana, felicitante y liberadora....

Sin embargo, el dato es otro: el número de embarazos no deseados y abortos entre adolescentes de 15 a 19 años se ha duplicado en la década 1990-2000, lo que demuestra que existe un grave déficit de educación sexual adecuada entre los jóvenes. ¿A quién pedir responsabilidades?

Pero, aún hay más víctimas. El índice de delitos sexuales, en gran mayoría contra mujeres, se ha doblado entre 1996 y 2000, estadística poco compatible con esa aparente madurez y “buena salud” sexual que nos quieren vender.

¿Qué decir de todo ello? Parece que la supuesta liberalización en este terreno no es tal y que se ha pasado de una represión excesiva de la sexualidad, como no-valor, a una trivialización extrema de la misma que, sin una educación completa e idónea que la integre en la personalidad, está generando no sólo vacíos y frustraciones por expectativas no cumplidas en jóvenes y mayores, a nivel individual, sino graves consecuencias sociales en el campo de la salud, de la natalidad, de la justicia, y de la seguridad ciudadana, como denuncian los datos citados.

5.4. No te quedes en el placer: ¡PON GOZO EN TU VIDA!

Afortunadamente también hoy en los medios de comunicación, hay mensajes que ofrecen otros valores: “Rebelde, independiente, diferente. Pasa del tabaco. No seas del montón”. Nosotros también contra-ofertamos: No te quedes en el placer. ¡Pon gozo en tu vida!

El placer es toda sensación agradable que nos llega y es captada por los cinco sentidos. El gozo es un sentimiento, no una sensación. Es un sentimiento de alegría profunda que alcanza lo más hondo, afectando a la persona toda. Si el placer trasciende se transforma en gozo.

El placer es bueno, aunque no se puede instituir como absoluto, pues el ser humano, además de cuerpo, también es mente y espíritu. A diferencia de los animales, condicionados, el hombre no está determinado. Es libre, y solamente con su voluntad puede llegar a ser “persona” y hacer realidad esa invitación a la plenitud que existe en su interior. Como no vive solo, en este ejercicio hacia la plenitud, se va a establecer una relación:

Del ser humano con las cosas. En ésta, a veces, experimentamos una sensación placentera y esto es bueno siempre que no se deteriore ni la persona ni las cosas.

Del ser humano con “los otros”. Cuando esta relación se desarrolla adecuadamente “los otros” se convierten en un “nosotros”. Y cuando esto no es así, fácilmente terminamos tratándolos como “objetos” y afirmando su cosificación.

Entre los dos miembros de una pareja. Se establece esta relación cuando dos “yoes” se enamoran y si esto acontece en plenitud, ambos son protagonistas de una relación inter-personal creativa y benéfica que transfigura las sensaciones en sentimientos, el placer en gozo y el sexo en sexualidad. Esta experiencia amorosa no es comparable a lo que sucede cuando consideramos al otro como un objeto. Por eso te propongo: “¡No te quedes en el placer; busca más allá y pon el gozo en tu vida!”.

Para que en una relación de pareja tenga lugar la transformación del sexo en sexualidad, se requiere que se establezca una comunicación entre los dos en la que “el otro” sea considerado un “alguien”, una persona con un misterio en su interior, como yo. Esto posibilita una conjunción de afectos, psiques y cuerpos en armonía de dos personas que se entregan, el uno al otro, por amor. Así, quizás, sea más creíble nuestra relación con el Dios encarnado y viviente en uno y en los dos. Y también en los otros.

De estas observaciones se puede deducir que los mass media no parecen reflejar la sexualidad en toda su grandeza. Y si la consideramos como un valor esencial en el proyecto vital de la persona y en la construcción de la sociedad, habría que repensar seriamente sobre ella -atentos a los avances de las ciencias humanas en este campo- y proyectarla con sabiduría en el lenguaje, creatividad en las imágenes y categorías nuevas, tanto en los medios de comunicación como en centros educativos- familias, escuelas, centros religiosos etc.-. En fin, todo un reto que requiere el esfuerzo común si queremos que llegue a ser la fuente de felicidad que tiene en su proyecto el Creador.

GRUPO ITACA.

Equipo redactor: Juan Benito Arranz, Inmaculada Domínguez-Adame, M^a Jesús Hernández Aguado, M^a Matilde Palacios Cobo, Sofía de la Vega Benayas.

6. Algunos libros que se pueden consultar

- Revista “Biblia y fe”, vol. XVIII, nº. 52 (enero-abril,1992)
- SANTOS BENETTI, Sexualidad creativa. Para vivir y gozar que ya es bastante. San Pablo, Buenos Aires, 1994. (las páginas dedicadas a la Biblia: 167-241)
- ALEJANDRO DIEZ MACHO, La sexualidad en la Biblia. Toledo, 1979.